

Madrid Cómico

AÑO I.

11 DE ABRIL DE 1880.

NUM. 15.

ACTORES CÓMICOS — POR LUQUE.

SUMARIO.

TEXTO: Advertencia importante.—De todo un poco, por Constantino Gil.—Cuento, por Aureliano Fernandez Guerra.—A Lesbia, por Gaspar Nuñez de Arce.—El sello, por Eduardo Bustillo.—Plan curativo, por Vital Aza.—Julietta y Romeo, por José Estremera.—Fragmento de la introducción de un poema inédito titulado *Petrarca*, por José Velarde.—A Eusebio Blasco, por Ricardo de la Vega.—El escarmiento, poema pequeñísimo, por Julio Monreal.—Chismes y cuentos.—Agencia matrimonial.—Correspondencia particular.—Charada.—Fuga de consonantes.—Soluciones.—Anuncios.

GRABADOS: Actores cómicos (José Vallés). Lectura higiénica, Infidelidades, ¡En paz! y La inocencia triunfante, por Luque.

JOSÉ VALLÉS.



ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Ponemos en conocimiento de nuestros suscritores de provincias que mañana, lunes, les será remitido por correos el obsequio que les teníamos ofrecido, consistente en una magnífica lámina litográfica de 32 centímetros de largo por 23 de ancho, que representa, con todos sus detalles, la monumental plaza de toros de Valencia.

Los que no siendo suscritores deseen adquirirla, pueden dirigirse en carta al Sr. Administrador de este periódico, incluyendo el importe de una peseta, y les será remitida inmediatamente.

Los señores suscritores de Madrid pueden recogerla de nueve á doce de la mañana, todos los días, en esta Administración, con sólo presentar el recibo corriente.

DE TODO UN POCO.

Es un consuelo para los que creen que España es un país de desgraciados, el mirar los carteles de los espectáculos públicos y encontrarse con que, en una noche es el beneficio de una dama, otra el de un galán, la próxima el de una familia que ha venido á menos, como se suele decir. Porque, por desgraciado que sea uno, siempre le queda el consuelo de esperar que, alguna noche, más ó menos remota, será la de su beneficio.

Hace pocas se verificó el de la Mendoza Tenorio, en el teatro Español. Parecía que cada espectador había llevado un jardín debajo de la capa, ó una tienda de quinca-
lla en los bolsillos del gaban. Un amigo mío, que ocupaba

En la comedia fascina y hace bien el drama; salvo, que un amigo mío opina que tiene algo más de *Calvo* que de Manuel Catalina.

un palco segundo, no sabiendo ya qué arrojar á la inspirada actriz, para demostrar su entusiasmo, agarró á su suegra y se disponía á lanzarla sobre el escenario, cuando apareció el acomodador en la puerta del palco y le dijo:

—Caballero, debo advertirle á Vd. que no está permitido arrojar á los artistas más que flores ó objetos de arte.— Vd. dispense, contestó mi amigo, soltando á su suegra: me olvidé por un momento que esta señora no es lo uno ni lo otro.

Dos señoras han terminado la carrera de medicina y están esperando que el señor ministro de Fomento les permita graduarse. Así se ha dicho en el Congreso.

Yo me alegraría que fuese pronto, porque si son guapas, sé de varios amigos que piensan ponerse enfermos inmediatamente para llamarlas.

Al saber la noticia anterior, más de cuatro señoras, con cuya amistad me honro, han decidido matricularse.— Una de ellas me decía anoche en el teatro Real:—Figúrese Vd., amigo mío, que á mi marido le molesta mucho que vaya á ver á mi primo Arturo. Si yo fuese médico ó médica, ya no tenía motivo para reprenderme, porque si alguna vez me encontraba en su casa, con decirle que me había llamado para curarle un dolor de muelas ó un golondrino, estábamos del otro lado.

A propósito de maridos. Uno conozco yo, cuya esposa es muy aficionada á la música, que no sólo aplaude con entusiasmo á cuantos tenores cantan en el teatro Real, sino que procura cultivar su amistad, para oír sus voces, como ella dice, aunque no sea más que cuando le den los buenos días. Pero el marido, que no es artista, no comprende la pasión que tiene por la música—únicamente por la música—su adorada mitad, y siempre anda, por decirlo así, á caza de tenores, para darles de bofetadas.

Este invierno, al volver una noche del Casino, entró en el cuarto de su mujer y se la encontró jugando al tute, mano á mano, con un célebre tenor.

—¿Qué haces á estas horas, todavía levantada? exclamó el marido indignado.

—Pues ya lo ves, respondió la esposa tranquilamente; jugar al tute con el señor, á ver si me *canta* las cuarenta, para aplaudirle.

Supongo que habrán visto Vds. al chino Ling-Lok, que se presenta en el circo de Price, se limpia la lengua con hierros encendidos, se traga varias espadas y varios bastones, y por último, se bebe unas cuantas cucharaditas de aceite hirviendo para ayudar á la digestión.

Un espectador que había á mi lado aplaudía furiosamente.

—¿Tanto le gusta á Vd. ese ejercicio? le dije.

—¡Pues no me ha de gustar! me respondió. Yo pensaba morir de hambre; pero desde que sé que el hierro ardiendo, y los palos, y los sables viejos, pueden digerirse, estoy salvado y me vuelvo á ver á mis chicos.

—¿Cuántos chicos tiene Vd.?

—Trescientos cuarenta, me contestó.

—¿Con cuántas mujeres? le pregunté asombrado.

—Con ninguna, repuso; soy maestro de escuela.

¡Alegraos, enanos! Un sábio, extranjero, por supuesto, ha averiguado que, sometiendo los vegetales á la acción de la luz eléctrica, crecen rápidamente; tanto que se puede plantar un peral por la mañanita temprano, y comer peras

completamente maduras y sazonadas al anochecer. Se dice, pero con reserva, que acaso suceda lo mismo con los animales; de modo que los chicos sólo mamarán veinticuatro horas; irán á la escuela al día siguiente de nacer; y si hacen falta soldados, podrán entrar en quintas ántes de cumplir una semana. Todo será cuestión de más ó menos luz. Por eso anoche, observé que había mucha gente debajo de las farolas eléctricas que hay en la Puerta del Sol. Me acerqué, y vi con asombro, que todos eran chatos. Los pobres, nada más natural, iban á ver si les crecían las narices.

Llegué al circo de Rivas pensando en Sarasate, y en el bajo *Ututu*, como le llama mi criado. Delante de la puerta del escenario hervía la gente, como turba de abejas á la boca del horno. Me aproximé, y oí las siguientes frases:

—Yo lo he visto, decía un jóven; estaba aquí con Pepe Inclusive, cuando ha entrado y no nos ha parecido loco; andaba naturalmente, como todos nosotros.

—Es un enemigo de la *Sociedad de conciertos*, que quería quemar el teatro, exclamaba un murguista.

—Lleva muertas veintitres personas, y tres músicos, decía otro, para quien sin duda los músicos no son personas.

—¡Es un nihilista! gritaba un caballero gordo.

—¿Es un sordo! vociferaba un caballero flaco: odia la música porque no puede oírla; y quería acabar con los conciertos incendiando el circo.

—¡Repito que no es loco! volvió á decir el jóven que había hablado primeramente; yo estaba aquí con Pepe Inclusive, á quien todo el mundo conoce...

—Diga Vd., me atreví á decirle, ¿quién es ese Pepe Inclusive que nombra Vd. tanto?

—Pues hombre, me respondió, un chico muy conocido.

—¿Y se llama Inclusive de apellido?

—Pues es claro, ¿no ve Vd. que es de la Inclusa!

Al fin se supo lo que era, y los grupos fueron deshaciéndose poco á poco.

Sin embargo, todavía quedaron algunos curiosos contemplando el sitio de la catástrofe.

Uno de ellos decía á un amigo suyo:

—Todo esto se hubiera evitado si á ese loco lo hubiesen encerrado oportunamente en un manicomio.

—Oye, tú, le dijo una chula á un hombre del pueblo: ¿qué es manicomio?

—¡Ay! Qué, ¿no lo sabes? ¡Pus bien claro lo dice ello mismo. Manicomio es... es un sitio en donde á los que están locos, les comen las manos. De manera que si á este se las hubian comido, no habria podido coger el acha, y por lo tanto no habia pasado todo eso!

Constantino Gil

CUENTO.

Muerto de sed, á la viva
llama del sol estival.

echando pésetes, iba mal calzado y cuesta arriba un estudiante pardal.

Llega, por fin, á la venta: y una vieja, que amedrenta, ofrece al futuro Baldo agua que parece caldo, en jarra mocha y mugrienta.

Colorado y amarillo la coge, el discurso agota buscando virgen portillo; y encuentra, hácia el asa rota, oculto un agujerillo.

Y él los labios aplicó, del pródigo invento ufano; y la vieja, que lo vió, exclamó: «¡Teneis, hermano, el mismo gusto que yo.»

Aureliano Izquierdo



Á LESBIA.

Dan muchos en decir que tu inconstante Favor repartes, aturdida y loca; Que no es tu pecho endurecida roca, Ni tu virtud firmísimo diamante;

Que al tenderte los brazos delirante, Cediendo á la pasión que me sofoca, Debo sentir en tu entreabierta boca El calor de los besos de otro amante.

Dicen que en el desorden de tu vida Gozas con la traición, y soy tan necio, Que al escucharlo, te maldigo y lloro.

Anda tu fama en la opinión perdida; Pero hay alguien más digno de desprecio Que tú: yo; que sabiéndolo, te adoro.

Gaspar Humer de Arca

EL SELLO.

Escribí una carta á un amigo íntimo para que me ayudase á deshacer un embrollo que tenía aflijida á una familia honrada,

Y esperé la contestación, y esperé en vano.

Cuando la desgracia de la honrada familia era ya irremediable, supe, por un aviso oficial, que mi carta estaba detenida por falta de sello de franqueo, que yo estaba muy seguro de haber puesto en el sobre.

«Cómo había desaparecido el sello antes de llegar á manos del empleado público que había de dar curso á mi carta interesante?»

«¡Ay!»—decía un amigo mío, con quien me lamentaba del lamentable suceso:—«por qué el hombre, carta palpitante arrojada sin sello en el buzón de la vida, ha de correr á su destino con el sello que el mundo quiere ponerle, que pocas veces es el que le corresponde, pero que casi nunca se pierde en el camino, porque ni á levantarle ni á borrarle alcanzan la justicia, la piedad, ni la misma envidia?»

El autor de reflexión tan filosófica era un cazador furibundo que, obce-

cado una vez, había matado una gallina de un vecino, tomándola en un sembrado por una perdiz tentadora.

El milano y el zorro pudieron después llevarse todas las gallinas que quisieron, y el vecindario creyó siempre que las mataba y aun se las comía el que, todavía hoy, hijos del pueblo, sigue con el sello ineluctable de *matagallinas*.

Pero el sello del cazador infortunado tenía su origen sencillo en un error material de la afición más ciega.

«Pobrecitos de aquellos que están sellados por errores morales de la sociedad en que viven, ó mil veces afortunados aquellos otros á quienes el mundo regala un sello de *ilustres*, cuando apenas si merecen correr con un sello de diez céntimos!»

El propio error de vocación influye no pocas veces en esos falsos franqueros. Yo conozco militar á quien se han concedido grados, cruces y el título de *bizarro*, cuando en el fondo de su alma angelical y tímida tiene el convencimiento de que debería entregar la espada á algún obispo, á cambio de las órdenes para celebrar misa y absolver penitentes.

Pero el mundo sólo le llama «bizarro oficial», y hasta le cuejga milagros, no de santos, sino de aventuras amorosas y desafíos descomunales, dignos del más arrojado Tenorio de nuestros tiempos.

Y la administración pública no admite rectificaciones después de pasar la carta viviente por el buzon de su juicio inapelable.

Hay tuno solapado que, desde un rincón dispara *sotto voce* una calumnia, y la sociedad le llama bondadoso y humilde, al verle modestamente acurrucado á la sombra.

El que lleva el sello de calumniador y maldiciente es *el otro*: aquel pobre diablo que con la mayor sencillez repite en alta voz todo lo que oye en voz baja, y que no es más que el cañon por donde pasa el plomo mortífero.

Como se pone el sello de ingenioso y decididor á aquel que estudia el modo de soltar en los salones las frases traducidas de un pobre diablo que dice las agudezas donde apenas se oyen, y con la sencillez del que no advierte que las dice.

Pero vaya Vd. á decirle al mundo que quite el sello de agudo al que se viste con las galas que sobran al ingenio de aquel á quien casi tiene por tonto.

Como el sello se ha de poner en la superficie, ¿á qué estudiar el fondo de la naturaleza del hombre, antes de ponérselo?»

Pero, ¿y la fama? La fama es el sello de tinta indeleble que está hasta sobre los prejuicios del mismo que la goza.

Poetas conozco yo con fama de festivos, que hacen más primores en poesía seria y de sentimiento, aunque la opinión y hasta la sabia crítica se es-

andalicen. Pero no; que no escriban madrigales, ni odas, ni dramas; porque el público está empeñado en que sólo han de tentarle á la risa, y las lágrimas que le busquen han de trocarse en carcajadas ruidosas, llamándolos á juicio y mostrándoles el sello, sancionado por la celebridad.

Y en cambio, el escritor marcado de *serio*, estírese y póngase grave y no retoce con la musa, aunque ella misma le llame, naturalmente, al retozo. Porque la gente busca el nombre y registra el sello, y descalabra al que trata de engañarla aun con deseo de divertirla.

Perdónenme todos la comparación. La opinión pública tiene, á veces, mucho de esos aficionados á caballos y corridas de toros, que prejuzgan de las cualidades del ganado por el *hierro* y la *dicción* del ganadero.

Y no quiero alargar este articulillo porque, como mío, forzosamente ha de ser insulso. Y por dar alguna satisfacción á la fábrica del sello, me decido á poner al pie mi sello de fábrica.

Eduardo Pustillo

PLAN CURATIVO.

—¡Niña!

—¡Mamá!

—¿Qué te pasa?

LECTURA HIGIÉNICA—POR LUQUE.



MADRID CÓMICO del alma.—no dejes de aparecer!
Sólo con verte, se calma—la rabia de mi mujer.

INFIDELIDADES — POR LUQUE.



—¡No creí que mi Javiere—por *ese* me fallaría!—Eso es lo que yo quisiera,—que me fallara la mía,—pero, que no pareciera.

¿No vienes á la novena?

—¡Ay, mamá! ¡Si no estoy buena!

—¿Que no? Pues quédate en casa.

—¿Y vas sola?

—¡Qué más da!

—¡Yo lo siento!

—No te apures.

Es preciso que te cures.

¡Acuéstate!

—¡No, mamá!...

—¿A ver? ¿Qué sientes?

—¡Calor!

—¡Es aprension, criatura!

¡Si no tienes calentura!

—¿Que no tengo?...

—No señor.

—Pues siento un frio en los piés
y en la cabeza un mareo...

—Anda y damos un paseo
antes de ir á San Ginés.

—¡Me canso!

—¡Iremos en coche!

Lo tomaremos por horas.

¡Verás cómo te mejoras
con el fresco de la noche!

—¡Tengo tos!

—¡Quita, por Dios!

—¡Me duele aquí cuando toso!

—¡Bobadas! ¡Eso es nervioso!

¡No vale nada esa tos!

—Pues no te canses, mamá:
hoy no salgo, lo repito.

Voy á acostarme un poquito
encima de este sofá.

—¡Jesús! ¡Eres más cobarde!...

—Quizá me alivie con eso.

—¡Aprension! Pues dame un beso.

¡Las ocho y media! ¡Qué tarde!

Y hoy es el último día...

¡Así! Abrigate los piés.

¡Otro beso! Hasta despues.

Que te alivies, hija mia.

.....
(Sale la mamá de casa;
queda la criada alerta;
se oye rechinar la puerta
y una voz que dice: ¡Pasa!)

.....
—¡Alfredo!

—¡Amalia querida!

—¿Te habrán visto?

—¡No! ¡Ten calma!

¿Me quieres?

—¡Con vida y alma!

¿Y tú á mí?

—¡Con alma y vida!

.....
(Es muy corta la novena;
corren breves los instantes,
y, en gracia á los dos amantes,
paso por alto la escena.
Se oyen pasos... ¡La mamá!...
Huye el jóven con premura
y la niña se apresura
á acostarse en el sofá.)

.....
—Hija mia, ¿estás durmiendo?

¡Temí haberte despertado!

Por volver pronto á tu lado

recé de prisa y corriendo.

¿Cómo te encuentras?

—¡Mejor!

—¡A ver! ¡Dios mio! ¿Qué tienes?

¡Si están ardiendo tus sienas!

Voy á llamar al doctor.

—No, mamá.

—Sí, vida mia.

—¡Ya estoy bien; no es de cuidado!

—Tienes el pulso agitado.

—Los nervios...

—¡Qué tontería!

—Corro al punto. Tú estás mala.

¡Que te receten cuanto ántes!
 (Y al cabo de unos instantes
 entra el médico en la sala.
 Pulsa á la niña intranquila;
 la encuentra un poco nerviosa,
 y por mandar cualquier cosa,
 le manda que tome tila.
 —¡Hoy por hoy, no es de cuidado!
 Conozco bien su dolor.
 (Hay que advertir que el doctor
 vive en el cuarto de al lado.)
 —¿Conque no es grave, verdad?
 (dice la madre.)

—¡Señora!

Aquí, entre los dos, ahora;
 el mal es de gravedad.

—¡Dios mio!

—¡Yo soy muy viejo
 y práctico!

—¡Ya lo sé!

—Y como la aprecio á usted
 me permito este consejo:

¡Abra usted mucho los ojos!

La niña—á mi plan me aferro—
 necesita mucho hierro.

—¿En píldoras?

—¡No! ¡¡En cerrojos!!

Vital Aza

el uno al otro, mirándose de continuo y dando tales muestras de adorarse, que al verlos las muchachas se sonreían, se ruborizaban las solteras y á los del sexo feo se nos ponían los dientes de á metro, arreglando el lenguaje al sistema decimal.

Todo Madrid, es decir, la pequeña parte de Madrid que se llama todo Madrid, los conocía y hablaba de estos amores y de la satisfacción que se pintaba en el rostro de la madre de ella, imprescindible compañera de ambos, á quien le tocaba ese papel tan triste y que da á las madres tanta alegría como debe sentir el ganapan al ver próximo el sitio en que ha de dejar la carga que oprime sus hombros. Porque por mucho que las madres quieran á sus hijas.... Pero, ¿quién me mete á mí ahora á hacer reflexiones sobre el amor materno y el deseo de las madres de hacerse mamás políticas? ¡Political!... ¡Bonito nombre! A las madres no se les llama políticas hasta que tienen yernos, y entónces es cuando son más impolíticas.... ¡Bien! huyendo de una digresion me he metido en otra. Dios quiera que el lector no conozca que estas son picardías para llenar más papel del que necesitaría yendo derecho al asunto.

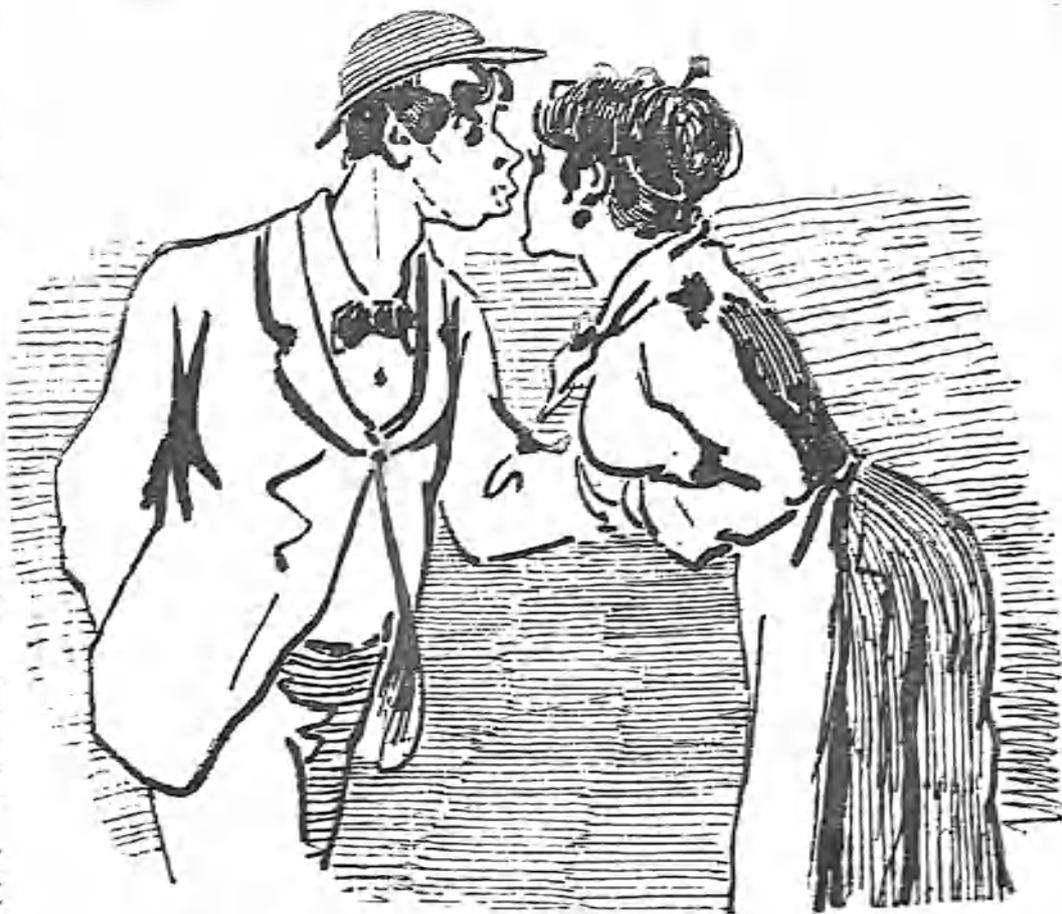
Volviendo á nuestros jóvenes, diré que no habia modo de verlos separados. Si iba al teatro, lo segundo que veía (porque lo primero que vemos los que escribimos para el teatro, es la entrada que hay), era á los dos amantes, que agenos completamente á lo que pasaba en torno suyo, no hacian caso del público ni de la comedia, porque les bastaba con recitar el eterno idilio que se reduce á estas dos frases: «¿Me quieres?» «Te quiero,» que se repiten sin solución de continuidad con los labios, con los ojos, con un apretón de manos, con un pisotón, etc. En la calle, en misa, en las tiendas, en todas partes se veía aquel paso de

JULIETA Y ROMEO.

Convento en que es costumbre de mal gusto y poco caritativa la de poner apodos á las gentes; pero hay poblaciones, como Madrid, en que es casi indispensable. Las personas que de ordinario frecuentan un sitio determinado, por ejemplo, el paseo, se conocen mutuamente de verse todos los días á la misma hora; pero ni saben quiénes son ni cómo se llaman; y como unos dan generalmente motivo á las conversaciones de los otros, nace la necesidad de distinguirlos de algun modo, y ninguno más á propósito que un sobre-nombre. Por eso, conociamos varios amigos por el *Ochocientos ochenta y ocho* á un matrimonio completo, cuyos tres individuos eran rechonchos y de corta estatura; *Las tres Gracias* á tres muchachas que tenían mucha, y *Narciso* á un ex-jóven que tenía un Dios nos libre pintado en el rostro.

Julieta y *Romeo* llamá-bamos á dos amantes á quienes no pudimos poner ni una sola falta de asistencia al paseo, y que todas las tardes iban cosido

¡EN PAZ! — POR LUQUE.



—Te digo que te engañó!—¡que no pasó nada de eso!—¡Calla, hombre, si te vi yo que te estabas dando un beso!—¡Pero, me lo devolvió!

procesion que representaba el Paraiso terrenal con su Adán, su Eva y su serpiente.

Pero nada hay duradero en este globo inferior. Llegó un tiempo en que se echaba de ménos en todas partes á los dos tórtolos. Me había acostumbrado tanto á ellos, que me parecía que faltaban dos personajes á la comedia humana que se representaba todos los días por esos mundos de Dios.

Pasado algun tiempo de ausencia, volví á encontrar á Romeo en los sitios que ántes, pero sólo, completamente sólo y abismado, al parecer, en tristísimos pensamientos. ¿Qué había sido de Julieta? ¿Había muerto? ¿le había sido infiel?...

Me dió tanta lástima ver en tan miserable estado al que ántes me pareció que estaba rebosando en felicidad, que no paré hasta saber la causa de tan extraña mudanza: pero después de conocida me lo expliqué todo: Julieta y Romeo no eran ya amantes; eran... marido y mujer.

José Gutiérrez

FRAGMENTO

DE LA INTRODUCCIÓN DE UN POEMA INÉDITO TITULADO

«PETRARCA.»

La llama del amor en que me abraso
enciende mi exaltada fantasía,
y las sombras dispersa ante mi paso.

Para al cielo ascender de la poesía,
para hallar al enigma claro escolio,
alas y luz me diste, Laura mía.

Por tí me remonté del arte al sólio:
por tí, sólo por tí, me llevó Roma,
como á César, triunfante, al Capitolio.

Y un imperio gané, que no desploma
del tiempo el aluvion, el de la idea,
para el cual no hay ariete ni carcoma.

En tanto vivirá que el mundo sea,
creciendo cual creciera el Oceano,
si no hallara reflujó la marea.

Mas ¡ay! desoye mi delirio vano;
el vértigo he sufrido que la altura
produce siempre en el cerebro humano.

El entusiasmo de hoy, quizás locura
será mañana, y quede mi renombre
del hondo olvido en la tiniebla oscura.

¡Oh, cuán pequeño y miserable el hombre
que, amando, Laura, como yo te amo,
no inmortaliza de su amada el nombre!

Acudid, cual las aves al reclamo,
á enjugar, ¡oh, memorias de la infancia
el lloro de impotencia que derramo,

Y mis cantos llenad de la fragancia,
y el dulzor del *Cantar de los cantares*
que ofrece mirra y miel en cada estancia.

Vosotras, sobre lutos y pesares,
irisadas flotais, como la espuma
sobre las negras olas de los mares.

Y cuando el peso del pecado abruma
el alma del mortal, entraís en ella
como rayo de sol entre la bruma.

No abandonadme, pues; y si es mi estrella,
subir herido del Calvario al monte,
dejando en pos ensangrentada huella,

Haced que mi alma su destino afronte,
y venza y vaya á Dios engrandecida,
como el sol cuando marcha al horizonte.

José Peláez

Á EUSEBIO BLASCO.

Querido Eusebio: He estado á punto de tener un lance desagradable con un caballero, por culpas cometidas en tu *Día de moda*. Debo advertirte, que dicho caballero te anda buscando (convencido de mi inocencia) para saciar en tí sus iras maritales. Oye y tiembla, ó no tiembles, haz lo que te parezca. Yo cumplo avisándote.

Hace pocos días me confesó un amigo mío que estaba seriamente enamorado de Virginia Marini. Mi amigo es rico y de noble familia.

—Todo lo arrostraría por conseguir el amor de esa mujer, me decía.

—Pues cástate con ella si tan enamorado estás.

—¿Cómo?... exclamó sorprendido.

—Casándote, añadí yo. Ella es viuda.

—¿Qué me dices? ¡Viuda! ¡Oh felicidad! Estoy decidido. Si me ama me caso con ella.

Ayer recibí la siguiente carta que me trajo un avisador del teatro de la Comedia:

«Cavaliere Vega:

Un miseráble stúpido di questi que si pásano la vitta pasegando por la carriera de San Girólamo e si vanno tutte le notte á gli vastidori de i teatri á zarandeare á le attrice col la piu brutta intenzione, m'a fatto una ofensa que e gia lavata col sangüe del seduttore.

L'infame á tratatto d'ingannare á la mia moglie, Virginia Marini, diciendo qui voleba maritarsi con ley, perche voi, Cavaliere Vega, li avebai detto que ella era viudda.

¡Questo é una orribile calonia! Yo vivo ancora, é mi sento bene di salute, e con bastantte forzze per rompere due costelle á qualunque que si atraviezze nel mio cammino.

Il disgrazziato seduttore resta ja nel letto con cinque scalabradure nella testa qu'io lo suministrato col mio propio bastone, e non li resterano game de volvere á le andate.

Ora, siete voi la persona qui debe soffrire la medesima sorte del vostro insolente amico. ¡Venite dunque! Se voi siete un huomo di coragio, io vi atendo nel vestuario di questo teatro, dove sapró probarvi que la signora Virginia Marini NON É VIUDDA.

A rivedeci, cavaliere Vega.—Il cavaliere, *Giovanni Battista Marini.*»

Vengo ahora mismo del teatro de la Comedia donde ya me estaba esperando el ofendido esposo. Le he puesto delante de las narices el penúltimo número de tu *Día de moda*, en el cual, haciendo la biografía de la Marini, se lee textualmente: «Y con esto consignamos de paso que la célebre actriz es viuda del gran artista Marini.»

Este señor se ha convencido de que soy inocente, y en lugar de sacudirme el polvo, como ha hecho con mi desgraciado amigo, me ha dado tantos abrazos y tan cariñosos, que ya me iba poniendo en cuidado.

Prepárate, querido Eusebio, á recibir carta ó visita del caballero Marini, y ten por seguro que

ó te rompe la testa á bastonazos,
ó te llena de besos y de abrazos.

Tuyo,

Picardo de la Vega

EL ESCARMIENTO.

POEMA PEQUEÑÍSIMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Cierta mañana de Abril
La conocí en el Retiro;
La siguió con un suspiro.
Si ustedes quieren con mí:
La suegra, ¡horrendo reptil
De aquel eden floribundo!
—¡Uff!— Halló casable á Edmundo,
Le fué liando, liando,
Se ajustó el cómo y el cuándo,
Y.....

CAPÍTULO SEGUNDO.

Del templo el santo recinto
Dejan con faz placentera,
Y en un wagon de primera
Se van solos hasta Pinto.
Regresan al día quinto,
Trayendo el bolsillo á cero.
No tiene para el pucheró
Aquella pareja amante.
Item, él queda cesante
Y.....

CAPÍTULO TERCERO.

La guerra *plus quam civilis*,
Que dijo no sé quién, arde:
Batalla mañana y tarde:
A cada minuto homilia;
Es aduar y no familia.
Y aun así no dije harto:
A los diez meses el parto,
Y ¡qué parto, santos cielos!
Dos moñetudos gemelos,
Y ella.....

CAPÍTULO CUARTO.

Tras un millon de jaranas,
Aunque no tienen *parné*
La suegra se empeña en que
Tome un tronco de asturianas:
El, con ansias sobrehumanas,
Resolver quiere el problema:
Coje á su suegra, y con fienia
De tanto sufrir producto,
La alza sobre el viaducto,
La arroja, y.....

FIN DEL POEMA.



CHISMES Y CUENTOS.

Unar tiempo es el título de un precioso juguete cómico en un acto original de D. José Estremera, estrenado con gran éxito en el favorecido teatro de la Alhambra; las Srtas. Tubau y Valverde y el Sr. Romea le interpretan á maravilla.

No consigo que Ruperta
Me mire con buenos ojos...
¡Ya se vé, la pobre es tuerta

—Sabe Vd. montar á caballo? le preguntaba un caballero á otro.
—Sí, señor.
—No lo creo; porque nunca le he visto á Vd.
—Pues nada, cuando Vd. quiera.
—Ahora mismo. Muchacho, saca al Ministro ensillado.
—El Ministro es un potro andaluz, que da gusto verlo.
—Vamos á ver: ¡ahí tiene Vd. un caballo! monte Vd.
El individuo en cuestion ¡monta! pero el Ministro se encabrita, y el jinete se cae.
—¡Pues no decía Vd. que sabía Vd. montar! le dice su amigo.
—Sí, señor, y sé, como ha visto Vd., lo que no sé luego, es tenerme á camicá.

CANTARES.

El trabajo no es trabajo
Difícil de soportar;
Pero gran trabajo tiene
Quien no quiere trabajar.

—
Estaba yo en una calle...
Me sucedió no sé qué,
Lo que fué se me ha olvidado.
Pero yo me acordaré.

Golondrina que vuelas
A otras regiones,
Dime, por esos mundos,
¿Qué son los hombres?
—Son el demonio,
Dijo la golondrina.
Los hombres todos.
Señal.—CONSUELO CABALLERO
INFANTE DE AUNDÉSICA.

En el teatro de la Comedia hablan ya italiano hasta los acomodadores.
La otra noche pidió un caballero unos gemelos.
El acomodador le da unos, diciéndole:—¡Signor, tomate!
—Gracias, *piniani*, respondió el caballero.

Un famoso andador ha calculado el número de leguas que ha andado durante su vida, y consigna como resultado del cálculo, que ha dado diez y seis veces la vuelta al mundo.

—Mire Vd., replicó uno que leía en un periódico la noticia, dirigiéndose á un amigo que le escuchaba; más que los pies que se necesitan para andar tantas leguas, me asombra otra cosa.

—¿El qué?

—La paciencia para contarlas.

MINIATURA.

Te vi besar á un niño en una calle
y de tanta ventura codicioso,
miré tus ojos, contemplé tu talle...
¿Quién fuera, dije, el niño venturoso?...
Tú, alma del alma, ni siquiera oíste
mi exclamacion, y con amor sin cuento,
le cogiste en tus brazos, y estuviste
con besos arrullándole un momento.
Y acercándome al niño que gemía
como sintiendo la caricia aquella,
—¿Tú lloras? murmuré; ¡pues yo daría
toda mi vida por un beso de ella!

Barcelona.

ENRIQUE FRANCO.

AGENCIA MATRIMONIAL.

(CORRESPONDENCIA.)

Señorita doña R. Q. (Alicá.)—Su retrato me ha satisfecho. Acepto desde luego sus proposiciones. Sólo me disgusta una cosa: su afición á las almendras. ¡Si fueran pifones! así estaríamos siempre á partir un pifón.—Luis.

Sr. D. H. R. (Madrid.)—Cabayero. Mea ce Vd. muchísima grazia. Me casaré con Vd. ¿A qué está una? A miamá le encantan los vigotez. Degezelo Vd.—Sulla, Paca.

Sr. D. J. M. R. (Jerez.)—Me parece Vd. bastante feo, pero la renta de dos mil duros me tranquiliza. ¿Cuántos años tiene su tío de Vd.? ¡Ay si le heredáramos!—Toda suya, Rita.

Señorita doña Micaela S. (Gatafe.)—Nos parece Vd. muy ordinario para esposa de un hombre de buena posición. ¿La convendría á Vd. casarse con el ordinario de Astorga? No la faltarán á Vd. mantecadas.—LA AGENCIA.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Sr. D. A. B. (Badajoz.)—Muchas gracias. Se publicarán el día ménos pensado.

Sr. D. R. V. Z. (Barcelona.)—Así se hace. Me gusta Vd. por lo *jacarandoso*. Se publicarán las consabidas seguidillas. Mande Vd. lo que guste.
Sr. D. E. P. (San Gervasio.)—Recibida la carta con las dos pesetas. Se repite el envío del número extraviado.

Señora doña R. J. de P. (Cádiz.)—¡Olé! ¡Viva Vd. mil años! Recibidas las ocho pesetas. ¡Adios, salero!

Sr. D. J. E. y C. (Madrid.)—Vago!

Señorita doña A. A. y M. (Madrid.)—¿Quiere Vd. que se la dedique una poesia? ¡Corriente! Eso y mucho más se merece Vd. El precio será arreglado. Le haremos á Vd. una rebaja.

Sr. D. M. O. y C. (Oviedo.)—Enterados. ¡Si, eh? Se dirá.

Sr. D. X. (Almería.)—Mientras no despeje Vd. la incógnita no podremos complacerle, y aunque la despeje tampoco, porque los versos son muy malos.

Al *Paticho*. (Madrid.)—Me parecen demasiadas *patuchadas* para un hombre sólo. ¿Cuántos son Vds.?

Al *de siempre*. (Madrid.)—¿Qué pesado está Vd. con sus susceptibilidades! Como si no tuviéramos otra cosa de qué ocuparnos.

CHARADA.

Ayer primera segunda
un gran primera tercera
con un todo que ha llegado
de un teatro de Valencia.

FUGA DE CONSONANTES.

... ..
... ..
... ..

SOLUCIONES A LOS GEROGLÍFICOS DEL NÚMERO ANTERIOR.

1.º Oros, copas, espadas y bastos.—2.º En las astas del toro.—4.º E. H.

IDEM Á LAS CHARADAS.

1.º Cereza.—2.º Peseta.—3.º Camisa.—4.º Elías.

